

Ver, oír y callar

Un año con la Mara Salvatrucha 13

Juan José Martínez D'aubuisson

ÍNDICE

Prólogo. La locura de Juan	7
Introducción	13

Diarios de campo

La última comunidad de la colina	25
La escoba de la verdad	30
La renta del Destino	34
El delito de Karla	36
Augurios de guerra	39
Los payasitos de la mara	43
Semos malos	45
El mito	49
El juego	53
No hay hombres en el jardín	54
El paso de la jaina	61
La Seca como espejo de Karla	65
La lucha que perdió la perra	69
El loco, el ajedrez y las manchas de Little Down	72
El Informante	77
Maras, champán y fotos	81
El último viaje de Calazo	84

El revés de los Guanacos	90
El reinado de Little Down	94
La fortaleza de los Guanacos	100
La buseta	105
Fuego se paga con fuego	111

Epílogo

Días peores	119
-------------------	-----

Prólogo
LA LOCURA DE JUAN
Óscar Martínez¹

JUAN TENÍA UNA MOTOCICLETA vieja. Era una motocicleta barata, sin velocidades, de alguna marca china que jamás aparecerá en ninguna revista de motociclismo. A su moto, Juan le llamaba Samanta. Una noche, Juan regresaba de la colina de la Mara Salvatrucha, de un lugar llamado colonia Buenos Aires, hasta donde Samanta subía varias veces por semana para desgracia de su débil motor. Para llegar hasta allá, Juan y Samanta tenían que cruzar varias colonias dominadas por la pandilla contraria, el Barrio 18. El Salvador es un país con muchas más líneas divisorias que las que se marcan en un mapa formal. Esas otras líneas, las que marcan las pandillas, son más reales incluso que las de aquellos mapas. Juan y Samanta, varias veces por semana, tenían que atravesar una de esas líneas para llegar hasta la última comunidad de la colina. Aquella noche de 2010, Juan y Samanta cruzaban de vuelta la línea tras una jornada de trabajo etnográfico con la clicas² de los Guana-

1 Es autor de *Los migrantes que no importan*. Sur+, México, 2012.

2 Una clicas es la unidad más pequeña de una pandilla. De esta forma, Mara Salvatrucha le llamamos al conjunto estructurado de clicas que se auto-

cos Criminals Salvatrucha, de la ms-13. Samanta, ya en territorio del Barrio 18, se desanimó. Tosió por su escape y se detuvo. Era de noche, era un hombre joven en una moto; era un hombre joven, tatuado y de pelo largo en una moto; era un hombre joven, tatuado y de pelo largo en una moto que acababa de bajar del territorio de la pandilla contraria. Juan —me contó esa noche mientras tomábamos un ron— sabía que aquello podía terminar muy mal. Evaluó las opciones que tenía: llamar a la policía, seguir a pie, buscar ayuda en alguna casa... Y optó por la mejor de sus opciones: le rogó a Samanta que se moviera. Le pidió a su moto china que por favor se moviera. Le dijo que le prometía un afinado general si lo sacaba de la zona del Barrio 18. Y, justo cuando unas sombras se acercaban, una patada en la palanca de arranque revivió a Samanta, que aceptó trastabillar hasta alejarse del lugar.

A veces, para hacer un trabajo como el que Juan les presenta en este libro, es necesario estar un poco loco. Es necesario perder un poco la lógica más racional y terminar suplicando a una moto.

Juan es antropólogo. Juan es un antropólogo dedicado a estudiar a las pandillas, principalmente a la Mara Salvatrucha, pero también ha tenido acercamientos con el Barrio 18 y con toda esa legión de deportados desde Estados Unidos que allá pertenecían a alguna de las decenas de pandillas latinas del sur de California y que aquí en El Salvador se hacen llamar sencillamente «sureños». Juan ha entrevistado a fundadores de la ms, a líderes de la ms, a chequeos de la ms —el nivel más bajo de la estructura—, a retirados de la ms, a traidores de la ms, a víctimas de la ms, a funcionarios que persiguen a la Mara Salvatrucha.

denominan como parte de esta pandilla. La mayoría de estas clicas usan nombres que terminan en 1s (Locos Salvatrucha) para diferenciarse de las del Barrio 18. (Nota del autor).

INTRODUCCIÓN

LOS RELATOS QUE SE encuentran en este libro tienen que ver con el último eslabón de una cadena de sucesos y procesos socioculturales que empezaron hace mucho, mucho tiempo, y muy lejos de esta comunidad marginal de El Salvador. Un viaje vertiginoso por la historia y por América. En este texto en particular se habla de la vida de los integrantes de una célula de la Mara Salvatrucha 13 (MS-13) en San Salvador, de la comunidad que ellos gobiernan y de su guerra salvaje contra los chicos de la pandilla Barrio 18. Sin embargo, tuvieron que pasar muchas cosas antes de que estos jovencitos decidieran marcar sus cuerpos con «las dos letras» y dedicarle su vida a una de las pandillas más grandes del mundo. Tuvieron que acumularse muchas contingencias y casualidades, muchas injusticias y desigualdades, para que las dos pandillas más grandes de América se juntaran en El Salvador y se enfrascaran en el conflicto pandilleril más brutal en la historia reciente del continente.

En 1938 el escritor alemán Carl Stephenson publicó un relato corto titulado «Leiningens Kampf mit den Ameisen», que en una traducción muy libre significa «La lucha de Leningen contra las hormigas», y que versa sobre la vida de un millonario que decide fundar una plantación de cacao en la selva amazónica de Brasil. Su sueño es frustrado por una invasión de millones de furiosas hormigas que lo destruyen todo y que por poco se comen al mismo Leningen. El relato obtuvo gran popularidad en varias

partes del mundo y fue traducido al inglés como «Leiningen Versus the Ants». Algunos años después el director norteamericano Byron Haskin llevó la historia al cine. Otra vez el relato sufre una mutación y en las carteleras aparece con el nombre de *The naked jungle*, protagonizada por Charlton Heston y estrenada en 1954. Fue un verdadero éxito taquillero. La globalización no era tan radical y los canales de difusión eran más bien sencillos, así que la película no llegó a El Salvador sino hasta los años sesentas, pero bajo el caprichoso nombre de *Cuando ruge la marabunta*. Poco iba quedando ya del nombre con el que el alemán bautizó su obra. En la película, el elegante Charlton Heston luchaba por defender su finca de millones de hormigas que lo devoraban todo.

El éxito de la película en El Salvador fue tal que incluso alcanzó para transformar la palabra con la que coloquialmente la gente se refería a los grupos de amigos o las multitudes. De esta forma la «majada» dio paso a su versión moderna: la «marabunta», o simplemente la «mara».

La palabra «mara» pasó a formar parte del vocabulario cotidiano de los salvadoreños de aquellos años al grado de volverse elemento infaltable del argot juvenil. No tenía pues una connotación negativa. «Mara» definía tanto a un grupo de amigos como a una multitud bulliciosa de desconocidos.

En la década de los sesentas también sucedían cosas importantes en el país. Fue en esta década cuando comienzan a tomar fuerza los grupos insurgentes. Empezó en estos años a papalotear en la cabeza de algunos intelectuales y dirigentes obreros la posibilidad de la lucha armada para derrocar a un régimen militar apoyado por una antigua oligarquía cafetalera. No obstante, no fue sino hasta 1975 cuando empezaron a formarse seriamente los primeros grupos armados con capacidad de molestar militarmente al Estado. Todo fue cuesta abajo desde ese momento para desem-

Diarios de campo

LA ÚLTIMA COMUNIDAD DE LA COLINA

ESTE PROBABLEMENTE NO ES el mejor día para iniciar la investigación. El calendario marca 18. Malos presagios para la Mara Salvatrucha 13. Este día la pandilla Barrio 18 suele cobrar los muertos que hizo la ms cinco días atrás, el día 13. Se respira un aire tenso en toda la colina.

Mientras subimos en busca de la última comunidad en la cima del cerro, las miradas se nos van pegando como lapas y nos escoltan intimidantes hasta dejarnos en manos de otro puñado de ojos que repiten el procedimiento.

—Dale un poquito más rápido si podés, bróder.

Es Marcos, el segundo tripulante de la pequeña moto china en la que nos transportamos. Me obliga a forzar el motor hasta hacerlo chillar exhausto. La máquina puja y se queja con un grito metálico cada vez que entramos en un nuevo bache. Y Marcos repite, tratando de esconder su nerviosismo:

—Quizá mejor más rapidito, vos. Ya cuando vayamos más arriba le damos más al suave.

Las comunidades por las que pasamos tienen un aire rural. Bruscamente bucólico. Son calles de tierra y casitas con solar en donde crecen pequeñas hortalizas. Casi todas las viviendas son de ladrillo y techo de fibrocemento. Sin embargo, aún se distinguen

LA ESCOBA DE LA VERDAD

SON LAS DIEZ DE la mañana y en el patio trasero del centro juvenil cuatro pandilleros hacen media luna frente a una niña de unos quince años. Está sentada en una silla plástica y uno de ellos se pasea frente a ella con la mitad de un palo de escoba entre sus manos.

—¡No, no, nooo! Si yo ni los conozco. Si ni me llevo con ellos —dice la niña llorando e inmediatamente se escucha un golpe seco.

—¡Noooo! Si ni los conozco, si apenas me llevo con ellos.

La fórmula se repite. Cada golpe va acompañado de una especie de gruñido, y luego más de lo mismo:

—¡Nooooo! No les he dicho nada, no les he dicho nada, si ni me llevo con ellos.

El que tiene el palo de escoba es un adolescente. Es moreno y lleva un enorme arete dorado en cada oreja, tiene un bigotillo ralo que ha atrapado un montón de gotitas de sudor. Se ha quitado la camisa y se pasea frente a la niña meneando el palo. Cuando me mira ladea la cabeza y levanta el labio superior, como un perro mostrando los colmillos. No me dice nada, solo me clava la mirada en los ojos. Los otros tres rodean a la niña y le preguntan cosas. Lo hacen rápido, sin esperar sus respuestas y de cuando en cuando solicitan el concurso del cuarto pandillero, quien sin chistar se acerca blandiendo su herramienta. Gustavo sale de su oficina y se acerca a mirar el juicio de la niña. Disimula agarrando cualquier

LA RENTA¹² DEL DESTINO

SE RESPIRA UN AIRE tenso en la última comunidad de la colina. Anoche, un comando de la PNC entró a hacer una redada y se llevó a uno de los pandilleros de la clica del Destino. Los Guanacos Criminals Salvatrucha entran y salen del centro juvenil sin saludarnos ni a mí ni a Gustavo, quien lleva ya un par de horas ensimismado ante un enorme rompecabezas, del cual solo despega la vista para verificar que no haya en el suelo ninguna pieza fugitiva.

En medio del caos que hay dentro de la casa aparece Hugo. Es un niño, tiene doce años y unos ojos enormes que achina al reírse. Orbita alrededor de los pandilleros como un satélite y es una especie de protegido del Destino.

—¿Ajá, cerotas, quieren que me las pise? —dice el niño a los pandilleros y el Destino estalla en carcajadas.

Segundos después, los demás pandilleros lo imitan. La broma de Hugo fue un éxito. El único que no ríe es Little Down. Está sentado en su silla, serio como una estatua. Enreda los dedos en los amuletos que le cuelgan del cuello y de pronto se levanta y se sienta a mi lado. Hablamos un rato y, luego de contarme algunas

12 «La renta» con ese término la gente se refiere a una extorsión sistemática que los pequeños negocios pagan semanalmente a las pandillas. Esto sucede en todo el país.

EL DELITO DE KARLA

SON LAS DOS DE la tarde y el calor ha vuelto a imponer su toque de queda. Nada se mueve en la colina. Las llantas de mi pequeña moto luchan por no atascarse en la tierra suelta y el polvo forma un carnaval a mis espaldas. Todo en la colina tiene ahora el mismo color amarillento, desde las hojas de los árboles hasta la gente. De pronto, en medio de este desierto, aparece un soldado. Es como una visión. Camina solo, lleva el ritmo de la marcha militar y el dedo puesto en el gatillo de su M16. Mira para todos lados y señala discretamente con su rifle a cada persona que se encuentra. Seguramente quedó rezagado de algún convoy de los que suben todos los días a la colina. Va en dirección contraria a la mía y cuando nos cruzamos puedo ver en su cara la expresión de pánico. Nos saludamos con un gesto y se pierde en la polvareda.

En la última comunidad de la colina es lo mismo, todo duerme y el silencio es pesado y pegajoso. El sol se ensaña contra los techos de lata y hace que el agua podrida de las canaletas destile un olor tan denso que casi puede verse. Adentro del centro juvenil me encuentro a Gustavo. Habla con dos novicios que su congregación ha enviado a trabajar aquí.

En el patio trasero —la oficina del Destino— hay una reunión. Han llegado dos visitantes que discuten algo con los más viejos de la clica. En la reunión, además del Destino, están también el Dark, el pandillero que me presentaron el primer día; Little Down,

AUGURIOS DE GUERRA

SON LAS DOCE DEL mediodía y el aroma del almuerzo hace procesión por la comunidad. Es un olor producto de la mezcla entre sopa instantánea, huevos, frijoles y tortilla, mucha tortilla recién hecha. A esta hora, la comunidad se divide en dos grandes grupos: los que tienen y los que no. Lo que determina quiénes estarán en estos grupos es una débil economía de ciclos diarios, sin espacio para mucha previsión. Si se ganó algo por la mañana, se almuerza; si no, habrá que esperar hasta la cena, a ver si la tarde fue más fructífera. Si llegada la noche no hay nada que echarle a la olla de agua hirviendo... pues eso, nada. Quizá mañana sea un mejor día.

Los primeros se refugian en sus casas a cocinar lo que han conseguido, multiplican con agua si es muy poco y aperándose de tortillas para complementar. El segundo grupo, los que no tienen, lo conforman los borrachos y los vagabundos de la comunidad, algunos niños que husmean desde lejos las ventanas y aquellos a los que la mañana no les dejó más que la esperanza de una tarde mejor. En el patio del centro juvenil, el Destino ha dejado su plato a medio comer y habla con los dos misteriosos hombres que también vinieron ayer. Al parecer estos han venido a entregar lo que el Destino regateaba con tanta insistencia. El que parece charro mexicano está nervioso, taconeando con sus botas en el suelo y hace bailar su cigarro entre los dedos.

—Destino, que posteen. Tenés a los perritos postiendo, ¿va?
—se dirige al Destino señalando hacia el cerro y hacia la calle que

EPÍLOGO

DÍAS PEORES

YA HA PASADO MÁS de un año desde que subí por última vez a la comunidad y en este lugar y en todo el país algunas cosas han cambiado.

El Destino, luego de haber hecho crecer la panadería y de haber incorporado a otros homeboy al proyecto, ha sido arrestado nuevamente. La policía lo acusa de ser el líder de la MS-13 en toda la zona y de utilizar niños para sus acciones delictivas. Lo sacaron casi desnudo de su casa en un enorme operativo con decenas de policías y casi el mismo número de periodistas cubriendo el evento. En la casa quedó Isaías, su esposa y su hijo de meses. Las acusaciones son poco probables, él trabajaba a tiempo completo en los proyectos de rehabilitación de una congregación católica y llevaba un buen tiempo alejado de la clica que fundó. Ahora tendrá que abrirse paso nuevamente en la selva penitenciaria, probablemente en Ciudad Barrios, el penal más grande destinado para su pandilla, y ganarse otra vez el respeto que le permitió sobrevivir tantos años dentro de la ms. Todo depende del resultado del juicio que aún no se ha programado.

En el penal de Ciudad Barrios vive también Charlie, el jovencito que fue deportado de Suramérica. Lo condenaron por haber asesinado a uno de los Columbia Locotes que participaron en la

quema de la buseta. Ahí también cumple condena por doble homicidio Moxy, el jovencito que me pedía la moto a diario. Asesinó a balazos a dos obreros que trabajaban haciendo un muro en la comunidad, supuestamente porque ambos vivían en un lugar donde gobierna el Barrio 18.

En El Salvador las pandillas han crecido, se han reestructurado y de alguna forma han terminado por doblegar al gobierno. A cambio de bajar los homicidios en todo el país han pedido medidas más laxas en los penales, y el traslado de los líderes nacionales reclusos en el penal de máxima seguridad de Zacatecoluca a penales con medidas menos rigurosas como Ciudad Barrios, en el caso de la ms. El pacto por ahora ha dado resultados. De catorce homicidios al día ahora tenemos un promedio de cinco. El gobierno celebra misas de acción de gracias en los penales y las autoridades se jactan de haber logrado lo inaudito, lo imposible: haber firmado una especie de segundos acuerdos de paz, esta vez entre las dos pandillas. Sin embargo, en las comunidades donde viven los pandilleros de bajo rango, entre las champas más enclenques, se rumoran cosas. Se dice que el pacto se romperá, que lo que viene será mucho más complejo, mucho más salvaje. Se dice que las cúpulas de ambas pandillas han aprovechado las prerrogativas del gobierno para reestructurarse, para limpiar la pandilla y ordenar los liderazgos en la calle. Muchos pandilleros que no se han plegado a estas disposiciones han sido asesinados, como el caso del Mafioso y el Droopy, asesinados en la colonia Las Margaritas de Soyapango por su propia pandilla. Muchos más se encuentran huyendo, producto de las nuevas limpias que se hacen en la ms-13. Por otro lado, la envergadura del accionar de la Mara Salvatrucha 13 a nivel mundial ha dado como resultado que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos la haya incluido, en octubre del año 2012, en su lista de organizaciones criminales transnacionales que atentan contra la seguridad nacional de este país.